

El Regalo

Ángel Núñez

Ángel Núñez

El Regalo



Capítulo 1

El Regalo

Aquella tarde lluviosa, Paul Merlaine, con motivo de su cumpleaños veinticinco, recibió en su departamento de la *rue Vernet*, a su amiga y amante, Jeanne Bodanne. Cenaron un puchero de perdiz con salsa de champiñones, único plato que Merlaine sabía cocinar con cierta destreza, y bebieron un delicioso vino blanco. Cercano el final de la velada, intercambiaron besos y, a pesar del apuro de la dama por retornar a su hogar antes de la tormenta, se tomaron su tiempo para entregarse a los goces carnales sobre el viejo y gastado sofá del living. Los besos voraces continuaron bajo la regadera; el vapor que llenaba el cuarto de baño se mezcló con los gemidos de los amantes. La tarde se convirtió en noche cerrada cuando Merlaine despidió a Jeanne, no sin antes hacerle prometer que llamaría un rato antes de acostarse. La vio caminar despacio, iluminaba por las luces de la calle.

La vida era dulce al lado de esa bella joven, pues a pesar de que no sentían amor, sí había una ternura y un deseo de intimidad que volvía la ausencia de uno insoportable para la existencia del otro.

Merlaine, que en sus ratos libres era poeta, subiendo las escaleras camino a su hogar, pensó en algunos versos que podrían, de manera idealista, recobrar pinceladas del cuerpo de su amante y de la sensación de poseerla. A penas entró, corrió los platos sucios y abrió su cuaderno azabache, intentando recordar los versos que su imaginación había confeccionado, pero fue inútil. A cada momento le llegaban palabras parecidas, versos con el mismo espíritu erótico, pero que no lograban evocar con efectividad las sensaciones de esa noche. Pasadas unas horas, y cuando al fin había logrado llegar a recordar las exactas palabras, alguien golpeó a su puerta. Esto lo distrajo y fue el motivo de que el recuerdo fugaz desapareciera por entero. Movido por el enojo, esperó a que golpearan otras tres veces antes de levantarse a abrir.

A los pies del poeta había una caja gris con un moño. Un regalo de cumpleaños, sin la menor duda. Merlaine miró a todos lados, pero no vio a nadie. ¿Quién podría ser? ¿Conocería, a caso, algún vecino la fecha de su cumpleaños? Nunca había ocurrido nada similar y no recordaba haber dado tal información a nadie del edificio.

Merlaine tomó el paquete entre sus brazos, que era grande y algo pesado, y cerró la puerta de una patada. Dejó la dichosa caja sobre la mesa y rompió el papel gris que la envolvía. Con cuidado quitó la tapa, esperando encontrar un pastel artesanal, pero un olor agrio lo puso en alerta. Corrió

el papel seda para observar, pero sus ojos no pudieron interpretar lo que veían de buenas a primeras. Un animal enorme, parecido a un murciélago, estaba boca arriba, con las orejas largas bajo el cráneo, las extrañas alas plegadas sobre su vientre y dos filas de patas cruzadas sobre su pecho. Y como si fuera poco, Merlaine notó con horror que el animal respiraba.

Se apresuró a cerrar la caja, pero algo parecido a una garra de insecto se interpuso en el encaje. El joven tuvo un ataque de repulsión que le hizo retroceder. Como recién resucitado, el animal apartó de a poco la tapa y surgió como una araña desde el interior, arrastrándose con suma lentitud con sus patas negras. Las puntas redondeadas de sus alas fueron lo último en surgir.

El pobre Merlaine tembló como si estuviera frente a un demonio. No era un murciélago, a pesar de que su apariencia lo sugiriera. Algo anormal había en su cara; parecía muy humana. Unas antenas planas le surgían de la frente cual cuernos.

La criatura abrió los ojos, un poco grandes para su cráneo, que miraron a Merlaine de soslayo. Eran rojos como los de un enfermo de cólera. Sus alas cruzieron cuando se expandieron en su totalidad, arrojando mugre sobre la mesa. Eran animales esas alas, hechas de membranas arrugadas de piel, pero presentando una división propia de una polilla, con un par arriba y otro debajo. Las chocó repetidas veces contra la mesa al intentar levantar vuelo. Cuando logró elevarse en el aire, su cuerpo inmenso, del tamaño de un águila pequeña, se interpuso ante el foco de luz, llenando de sombras el departamento.

El poeta temió por su vida, ya que aquella cosa podría morderlo y contagiarle rabia, o algo peor.

La criatura, entre tanto, revoloteaba en su sitio, con sus rojas pupilas fijas en Merlaine. Sacudía sus alas con agilidad, como un insecto. Aterrizó sin prisa sobre la caja blanca y descansó sus largas alas sin plegarlas, mirando siempre al joven a los ojos.

Merlaine, pegado a la pared, intentó escabullirse hacia el armario donde guardaba los repelentes, pero cuando el animal emitió un silbido agudo desde el punto negro que era su boca, no pudo evitar mirarlo. Por un rato, intercambió miradas con el extraño huésped, mientras sentía su cabeza pesada y su mirada se volvía borrosa. Escuchó un eco en su cabeza, parecido a una voz oscura que no provenía de ningún sitio. Su cuerpo fue debilitándose y cayendo hasta quedar sentado en el suelo. Después de unos minutos en los que no logró pensar en nada que no fueran esos ojos que brillaban como dos soles rojos, se sintió ido, como fuera de este mundo.

De repente, Merlaine sintió su cuerpo liviano. Frente a él, aunque no pudiera creerlo, estaba su reflejo. Pero ocurría que su reflejo actuaba de manera extraña. Se miraba las manos, los pies, las vestiduras. Incluso se acariciaba los cabellos. También ocurría que lo veía desde una perspectiva anormal: desde arriba de la mesa.

Aquel hombre, que a pesar de su apariencia no era Merlaine, se incorporó y fue a mirarse al espejo que colgaba en la pared. Sonreía de forma maliciosa, como un *doppelgänger* maldito.

Merlaine no podía creer a sus propios ojos. Intentó acercarse a su imagen, pero cayó sobre su pecho peludo y cubierto de patas duras, parecidas a las de los cangrejos.

—Funcionó —dijo el falso Merlaine, en un alemán con marcado acento francés—, ¿pero dónde estoy? ¿Y este acento? Soy francés, un joven hombre francés. ¿Pero qué siglo es este?

Sin la menor duda, soñando luego de una extenuante jornada sexual, Merlaine estaría dentro una obscena fantasía, que, a pesar de todo, le parecía muy vivida. Intranquilo, no pudo controlar las patas que se golpeaban entre sí cuando intentaba caminar. En su desesperación, agitó de manera muy despareja las alas alargadas. Esto fue hasta que el hombre frente a él le dio tal golpe con el cuaderno azabache, que lo dejó fuera de combate, un tanto inconsciente y escupiendo un líquido verde.

—Escuche, amigo —dijo la voz de Merlaine, esta vez en francés—, lamento mucho esto. ¡Un hombre tan joven...! Pero no puedo revertirlo. He estado atrapado en ese monstruo tanto tiempo, siempre despierto y soñando. Es momento que vuelva al mundo. Es momento de volver a matar.

"No se preocupe. Si todo sale bien, usted también podrá liberarse. Sólo es cuestión de tiempo. Le prometo buscarle alguien igual de joven.

Lo último que vio el poeta fue su propio rostro, sonriéndole mientras lo cubrían con papel seda.